

JACQUES SOUSTELLE
(1912 - 1990)

El jueves 8 de agosto de 1990, apareció publicada en varios diarios de la Ciudad de México una nota relativa al fallecimiento del ilustre antropólogo francés Jacques Soustelle, acaecido la noche del lunes en Neuilly sur Seine al oeste de París.

A muchos la noticia los tomó por sorpresa; a otros, aunque ya enterados de la enfermedad que padecía, no dejó de causarnos un profundo malestar. Aquella nota en el periódico participaba la muerte de uno de los más importantes americanistas que produjo este siglo.

Testigo de las dos grandes guerras, fue nombrado gobernador de la Argelia francesa en 1955, el mismo año en el cual apareció su libro *La vida cotidiana de los aztecas*. Durante los seis años de exilio que siguieron a su gestión como ministro delegado para los Departamentos del Sahara, publicó *El arte del antiguo México* (1966) y *Los cuatro soles* (1967). A su regreso, fue diputado por Lyon entre 1973 y 1978. Luego habría de comenzar una de las etapas más productivas de su vida. En el curso de sólo cuatro años y ya siendo miembro de la Academia Francesa, escribió sus últimos libros: *El universo de los aztecas* (1979), *Los olmecas* (1980) y *Los mayas* (1982).

Soustelle, quien viajó por primera vez a México en 1932, participó de la arqueología mesoamericana con la perspectiva del historiador, que distingue a los antropólogos formados en Europa. Sus muchos ensayos, artículos y conferencias tocaron fundamentalmente asuntos de la antigua cultura de los olmecas, los mayas y los "aztecas", como prefirió referirse a los mexicas. Sin embargo, nunca llegó al grado de especialización que es común en los arqueólogos de hoy en día. Supo escribir sobre una gran variedad de temas de la América antigua y, muy probablemente, allí fue donde residió su mejor contribución. Soustelle no fue un hombre de descubrimientos ocasionales, de hallazgos; su importancia quedó establecida al momento de convertir el trabajo de los arqueólogos, los datos de excavación, en historia misma.

Muy pocos han aportado al conocimiento de Mesoamérica lo que aportó Soustelle y son menos todavía aquellos que han hecho historia donde sólo había quehacer arqueológico. Excavar es tanto como destruir bancos enteros de información. Se preservan sólo los objetos pero nunca sus contextos de aparición, el lugar donde quedaron

sepultados. Al levantarlos se habrá perdido la asociación espacial que guardaron durante siglos y sólo prevalecerán las notas de quien los excavó. Es por ello que la información contextual debe ser rescatada minuciosamente puesto que es irrepetible y única; nada igual volverá a presentarse en ningún otro lugar. El momento de la excavación puede equivaler a tener en mano el único ejemplar de un impreso antiguo: a medida que sean leídas las páginas de este documento ficticio, una a una, irremediabilmente quedarán destruidas. El conservar memoria de lo allí dicho se habrá convertido en responsabilidad de un hipotético lector cuyas notas y observaciones serán, de aquí en adelante, el único referente de tan antiguo volumen.

Soustelle fue el más acucioso intérprete de esta clase de documentos. Supo entender el significado de cada dato para valorarlo en su precisa dimensión histórica. Prueba de ello son las conclusiones que escribió a su libro *Los olmecas*:

La conmovedora continuidad del México indígena a través de los transtornos a menudo sangrientos de su historia, y la huella indeleble que su naturaleza profunda conserva a pesar de los cambios de la era moderna, dan todo su valor a la investigación que efectúan los arqueólogos para remontarse hasta las fuentes más antiguas de la civilización autóctona. Con los olmecas, captamos al paso la mutación decisiva que hizo de México y de Mesoamérica una zona de alta posesión cultural: en efecto, franquearon el umbral misterioso al que otros pueblos indios se acercaron, pero sin poder traspasarlo. El México precortesiano no habría sido lo que fue —y aún el México del siglo xx no sería lo que es— si esos hombres de antaño no hubiesen empezado a eregir sus estelas y a esculpir sus bajorrelieves en las profundidades de las selvas tórridas, hace más de tres mil años. (*Los olmecas*, 1983:166)

Sin duda corrió a cargo de Soustelle componer la visión que los europeos frecuentemente han tenido sobre la historia antigua de América, normada —quizá de manera inconsciente— por el referente cultural que establece la arqueología clásica. Con su muerte, todos hemos perdido algo, no importa lo lejos o lo cerca que nos hallemos del objeto de estudio que ocupó por tantos años a Soustelle. La comprensión europea del pasado prehispánico difícilmente volverá a ser la misma, la que Soustelle propuso y defendió como el “americanista” que era.

Toca al Instituto de Investigaciones Estéticas la fortuna de publicar uno de los últimos escritos de Soustelle: su Presentación de mi libro *Iconografía arqueológica de El Tajín*, que redactó en París en el verano de 1989. Una distinción inmerecida y por la cual no puedo menos que

manifestar mi gratitud como arqueólogo a uno de los más destacados “americanistas” de este siglo. Por desgracia, hoy todos coincidimos en un mismo sentir, en el profundo pesar de tan lamentable pérdida y en el convencimiento de la permanencia de una obra intelectual como la de Soustelle que difícilmente será superada.

ARTURO PASCUAL SOTO